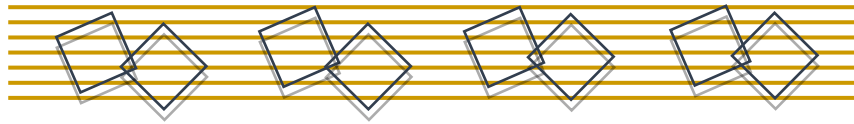




# Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 17 No. 1

Enero de 2014

## PRESENTACIÓN

México ha sido gobernado por el Partido Revolucionario Institucional durante la mayor parte del siglo XX, dejó de hacerlo durante doce años (2000-2012), durante los cuales gobernó el Partido Acción Nacional, regresó a dirigir el país para el periodo 2012-2018. Heredó los “principios” de la revolución de 1910, es la institución más añeja del mundo, ningún instituto político dentro de las llamadas democracias liberales tiene tanta edad como éste.

Esa irrupción temporal de doce años, por un lado desplegó la imaginación de la población olvidada por los gobernantes, la que da cuenta de la paciencia de quienes han esperado a lo largo del siglo XX que las cosas, en el terreno social, eventualmente pudieran cambiar. La promesa de que el cambio vendría, se alimentó con la idea de que la instrumentación de la “democracia” permitiría el arribo de una nueva sociedad, la ilusión democrática, se afirmó, que era la vía adecuada para empujar los cambios. La apuesta era por los principios racional-republicanos sostenidos por un liberalismo que se globalizaba desde la década de 1980, no pocos de los sobrevivientes de la izquierda y de guerrilla de las décadas pasadas se sumaban a este llamado racional-republicano. Por otro lado, la interrupción-irrupción “democrática” del partido Acción Nacional en la presidencia de la República desató una violencia que ni siquiera en los tiempos más álgidos de presencia guerrillera en el país se había conocido, el gobierno derivado del Partido Acción Nacional, en boca del ejecutivo, anunciaba una guerra en contra de “delincuentes organizados”.

En segundo lugar, cabe resaltar que esa violencia vinculada a los deseos de transformación social que caracterizó a los movimientos sociales y guerrilleros, en los últimos siete años, se transformó hasta encontrar forma institucional en la vocación “pacífica” que hoy día sostienen los partidos políticos de izquierda que se presentan al electorado como tolerantes, democráticos, apegados a derecho, pacifistas y multiculturales. Pese a este movimiento ideológico en el campo de la política, diversas expresiones sociales participan de una violencia en constante expansión, el territorio mexicano es presa de expresiones criminales que el pensamiento políticamente correcto se resiste en llamarle por su nombre, estamos frente a una guerra civil.

Esa mojonera conceptual de guerra civil, es la que articula los materiales que conforman este número, sin obviarlos los autores participan de la idea de que el campo de la violencia exige lecturas novedosas, de ahí que los artículos son respaldados por colegas preocupados en recuperar y edificar conceptos que sean capaces de dar cuenta de lo que acontece en las geografías donde se libran batallas, que si bien el gobierno ubica en contra del “crimen organizado” no deja de sembrar dudas por la cantidad de víctimas civiles que arroja.

Y desde el territorio de la sospecha es que hay que ubicar los materiales que se presentan en este número, son expresión de una lectura que la psicología social insiste en articular mediante espacios dialógicos ante el sobrecogedor hecho de que en México, pese al número de caídos en las batallas libradas en los pasados años. Pese al número de caídos en esta guerra que no se quiere reconocer como civil, resalta el hecho de que no se cuenta con una teoría que nos acerque al tipo de guerra que padecemos. Por ello, es posible coincidir con quienes pudieran tener la apreciación de que conceptualmente los materiales son una aportación humilde al campo comprensivo de la guerra. Pese a ello, los presentamos a la academia pues consideramos que aportan elementos para pensarnos comprensivamente el momento y los lugares que habitamos. No sobra señalar que la psicología en sus distintas aplicaciones, se encuentra en un momento crítico, pues esta frente al dilema de edificar un instrumental conceptual que haga comprensible lo que acontece en el campo de la guerra o ceder su

territorio crítico-conceptual a la ortodoxia, la consigna ideológica o la intervención acrítica y correr el riesgo de abonar a la incompreensión de un proceso en el cual nos va la vida y la sobrevivencia de nuestras formas de vida.

¿Cómo pensar el escenario violento al cobijo de conceptos como “legitimación de la injusticia”, “la experiencia urbana” y su traducción en “políticas de las calles”, la “sacralidad” y su “profanación”, la “autonomía de los pueblos” y sus “amenazas” bajo la idea de una “guerra de baja intensidad”, la “memoria” de quienes empuñaron las armas en el pasado, la “injusticia”, la “educación sentimental” o las “formas” que adquiere la guerra entre “militantes” con deseos de educar y sanar a una sociedad que en apariencia no responde a sus llamados?

Para nosotros es obvio que hace falta edificar comprensibilidad, regresar a los actores de manera insistente para interrogar a nuestras ortodoxias y nuestras imposibilidades comprensivas. En suma rehacer mediante una otra comprensión de lo psíquico y social nuestro lugar y encargo social.

Cesar Roberto Avendaño Amador<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Profesor asociado C, tiempo completo, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, UNAM. Correo electrónico: [craa38@hotmail.com](mailto:craa38@hotmail.com)